





# EL PORTADOR DE LUZ



Agoitz Dávila

# EL PORTADOR DE LUZ



Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Agoitz Dávila

ISBN: 978-84-17784-32-4

ISBN digital: 978-84-17784-33-1

Depósito legal: M-4979-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







# Índice

CAPÍTULO UNO: ENCUENTROS .....	11
CAPÍTULO DOS: LA POSADA .....	27
CAPÍTULO TRES: EL BOSQUE .....	51
CAPÍTULO CUATRO: EL CONSEJO .....	67
CAPÍTULO CINCO: LA ACADEMIA.....	85
CAPÍTULO SEIS: ELAIS.....	103
CAPÍTULO SIETE: REVELACIONES .....	131
CAPÍTULO OCHO: LA BIBLIOTECA.....	157
CAPÍTULO NUEVE: LA CORONA .....	177
CAPÍTULO DIEZ: HERIDA.....	205
CAPÍTULO ONCE:	
LLEGADA (LA CAPITAL, PARTE I).....	223
CAPÍTULO DOCE: EL CALABOZO .....	241
CAPÍTULO TRECE:	
EL PLAN (LA CAPITAL PARTE II).....	267
CAPÍTULO CATORCE: EL TORNEO .....	291
CAPÍTULO QUINCE:	
OCTAVIUS (LA CAPITAL PARTE III).....	323
CAPÍTULO DIECISÉIS: LAS PUERTAS NEGRAS (EL CASTILLO PARTE I) .....	345
CAPÍTULO DIECISIETE:	
EL BANQUETE (EL CASTILLO PARTE II) .....	377
CAPÍTULO DIECIOCHO:	
SANGRE (EL CASTILLO. PARTE III).....	405
CAPÍTULO DIECINUEVE:	
SACRIFICIOS (EL CASTILLO PARTE IV) .....	435
CAPÍTULO VEINTE:	
CAÍDA (EL CASTILLO PARTE V).....	463
EPÍLOGO.....	503



# CAPÍTULO UNO

## ENCUENTROS

*Si posees algo valioso y no eres capaz de conservarlo, es que mereces que sea robado.*

*Si en mis manos brilla con mayor poderío que en tu bolsillo, es que merece ser robado.*

*Si lo tuyo puede ser mío, ten por seguro que será robado.*

*Mientras que mis dedos sean ágiles y las sombras me den amparo, robar lo que es tuyo será mi credo.*

Caeli, maestro del Gremio de Ladrones.

Will y Caleb cabalgaban por la vieja carretera que rodeaba el linde del bosque en dirección a Dulwin. Decidieron tomar aquel camino, a pesar de que tardarían varios días más de lo previsto para así evitar que los degollaran por solo cinco monedas de plata. Su destino se encontraba cerca, antes de que amaneciera estarían allí y podrían encontrar a Caeli, como les ordenó su tío.

Por fin dejó de llover, la lluvia los había acompañado durante las dos semanas que llevaban de travesía. Desde que comenzaron el viaje en casa de su tío Valerio, el camino había estado embarrado y ambos hermanos se encontraban exhaustos.

Will tapaba su delgado cuerpo y su larga melena rubia con un manto, ahuyentando así el frío, por su parte, a Caleb le bastaba con una ajada chaqueta marrón y una capucha que ocultaba su oscura cabellera.

Durante toda su vida nadie creyó que fueran hermanos; Caleb era alto, más que la mayoría de los que conocía, musculoso, con el pelo castaño oscuro, de mandíbula fuerte y rasgos duros. Aparentaba ser mayor, aunque apenas había cumplido los diecinueve años. Will, en cambio, siempre había sido de constitución débil, igualaba en altura a su hermano que era superior a la de muchos hombres, y su larga cabellera rubia recordaba a la de su madre; ambos compartían unos ojos oscuros y penetrantes.

Caleb sonrió y apretó el paso. Will observó en la lejanía las luces de la ciudad portuaria; pronto llegarían a su destino. Caleb se sentía ansioso por comenzar su nueva vida al servicio del gremio; Will, sin embargo, recelaba por lo que estaba por llegar. Su tío apenas les había dado explicaciones; en cuestión de una semana pasó de ser un hombre vigoroso, lleno de fuerza, a convertirse en una cáscara hueca. Comenzó escupiendo sangre para luego quedar postrado; al final, cuando llegó la fiebre, era demasiado tarde. Los dos hermanos habían observado el mismo proceso años atrás con la muerte de su madre.

—Caleb... Caleb... escúchame, debes proteger a tu hermano menor, debéis manteneros unidos —dijo Valerio, y levantando su mano, señaló la minúscula cómoda al otro lado de la pequeña estancia— Abre el primer cajón y trae mi medallón.

Caleb cruzó la austera habitación. Tal como había dicho Valerio, en el primer cajón encontró el medallón, oculto entre los ropajes; Valerio lo guardaba desde hacía años como si de un tesoro se tratara.

La antigua reliquia estaba trabajada en plata y en su parte central se distinguía el sello de los ladrones, un águila sosteniendo una llave de oro en una pata y, en la otra, una bolsa llena de joyas.

El joven acercó la reliquia ante la atenta mirada de su hermano menor. Valerio cerró la mano que le ofrecía el sello.

—Ahora os pertenece. Viajad a la ciudad de Dulwin antes del final del verano, cuando la luna llena esté en lo alto, dirigíos a la posada junto al puerto y buscad a Caeli; si le mostráis el medallón, os ayudará.

Esa misma noche, Valerio falleció en su cama y, antes de que los acreedores se presentaran, los hermanos tomaron posesión de los dos viejos corceles amarrados en el establo y comenzaron su viaje.

Pronto llegarían; un último esfuerzo y podrían descansar. Will soñaba con un guiso de conejo acompañado de cerveza caliente y pan fresco; de solo pensarlo su estómago soltó un quejido lastimero. Miró a Caleb por si había escuchado la súplica de su estómago por dejar de un lado el pan duro y mohoso.

El hermano mayor iba concentrado en sus pensamientos; desde que abandonaron su hogar, apenas se habían comunicado, solamente cuando era necesario.

Por primera vez en su vida se encontraban solos, sin nadie que les fuera a ayudar. Si el gremio no los aceptaba, estarían perdidos; las únicas posesiones que el tío Valerio les había legado habían sido sus conocimientos de carpintería, dos viejas dagas melladas y su preciado medallón. En los últimos años las deudas los habían ahogado; ni siquiera pudieron costearse un curandero para intentar salvar a su único pariente.

Will se giró súbitamente y detuvo al caballo, se paró prestando atención a la inmensa oscuridad del bosque; le había parecido escuchar una voz, apenas un susurro. Observó hasta que se cercioró de que no había nadie allí, solo los árboles y las alimañas de la noche. Desde pequeño había sentido que algo no encajaba; en una ocasión se perdió en el bosque cercano a su casa y logró encontrar el camino guiándose por los susurros de los árboles; cuando volvió, Valerio lo abofeteó dos veces, una por perderse y otra por contar aquella historia.

—Vamos Will, pronto llegaremos a Dulwin y podremos descansar. —Caleb abría la marcha de forma pausada.

—Hermano, y si Caeli no se encuentra allí, ¿qué haremos? —Will seguía a su hermano de cerca.

—Pronto lo descubriremos, pase lo que pase saldremos adelante. —Caleb se giró mientras hablaba y miró a su hermano; su

mirada le transmitía seguridad, pero esa sensación no los salvaría de morir de hambre.

Dulwin se alzaba imponente ante ellos, el gran portón que daba acceso al pueblo estaba cerrado, descabalaron y se acercaron, cuando una imponente voz los detuvo:

—¿Quién va? Decidme vuestro nombre y la razón de despertarme, ¿no sabéis que la ciudad cierra sus puertas de noche? Maldita sea, contestad. —La voz procedía del otro lado del portón, alguien les hablaba desde una pequeña abertura.

—Somos William y Caleb Gulhem, y nuestros negocios solo nos incumben a nosotros. —Caleb se mostró firme con el portero.

—Aquí soy yo el que decide quién entra y quién no. Quizás debería dejaros pasar la noche fuera, se está acercando una tormenta y seguro que mojaros os mejora los modales. —El portero cerró la abertura por la que se comunicaba.

Will miró a su hermano reprochándole lo ocurrido, debían entrar en la ciudad aquella noche o perderían su oportunidad de ingresar en el gremio. Caleb asumió su error, el viaje y la responsabilidad para con su hermano habían agriado su carácter amable. Se acercó a la abertura lentamente:

—Señor, necesitamos entrar esta noche —llamó—, tenemos negocios pendientes con un habitante del pueblo, perdonad mi tosquedad.

La abertura se abrió, Caleb pudo vislumbrar a su interlocutor; se trataba de un hombre de su estatura con unos ojos azules penetrantes y una gran barba blanca; su aliento apestaba a cerveza.

—Joven no creas que tus amables palabras harán que olvide tu grosería, pero sería más grosero por mi parte dejaros pasar la noche bajo la lluvia; quizás por dos monedas de planta olvide lo ocurrido.

«Maldito», pensó Will; solo quería robarles. «Maldito portero y maldito el mundo». Todos con los que se cruzaban intentaban robarles.

Caleb sacó dos monedas de la bolsa que colgaba de su cinto; solo les quedaban tres monedas. Depositó el pago por la abertura

y la gran puerta comenzó a abrirse al son de un «Bienvenidos a Dulwin».

El portón se abrió, dando paso a un nuevo mundo. Nunca habían abandonado el que se había convertido en su hogar después de que su padre los entregara de buena gana a Valerio, tras la muerte prematura de su madre. Durante el transcurso del viaje habían pasado por diferentes localidades, pero Dulwin era, sin duda, el mayor pozo de mierda que jamás hubieran esperado encontrarse.

Después de dejar al viejo portero con sus quehaceres alcohólicos, ambos hermanos se dirigieron calle abajo en busca de la posada junto al puerto. Las prostitutas del lugar se arremolinaban a su alrededor mientras que los lugareños, la mayoría ebrios, los miraban con recelo.

Una joven rubia con voluminosos atributos sujetó las riendas del caballo de Will, este le sonrió tímidamente mientras avanzaban lentamente por la embarrada calle.

—Hola guapos, ¿no os interesa conocer a Irma? Haré que os convirtáis en hombres. —Irma sonrió rozando con la mano que le quedaba libre sus sugerentes pechos.

—Nos encantaría conocerte, Irma, pero debemos acudir a una importante cita —contestó Caleb—. Quizás, ¿nos podrías indicar dónde se encuentra la posada del puerto?

—Quizás, guapo. —Irma se balanceaba sugerente— Tal vez por unas pocas monedas.

—Lo sentimos, bella Irma, nuestra bolsa está vacía. —Con la última palabra, las demás muchachas que los rodeaban comenzaron a desaparecer. Irma soltó las riendas y, mientras lo hacía, su cálida y sugerente mirada se tornó en indiferencia.

—No soy ningún guía, muchacho. Sigue la calle principal.

Tan pronto como los dejó, la joven se abalanzó en brazos de un marinero que pasaba por allí. No era tan apuesto como los hermanos, pero seguro que su bolsa estaba repleta de monedas.

—Vamos, Will, deja de mirarla, esta noche no dormirás entre sus piernas.

Caleb, con ritmo pausado, abría la marcha por la impracticable calle; Dulwin, sin duda, vivía de noche. Las tabernas de la parte superior estaban llenas de luces y canciones alegres, las mujeres de oficio ofrecían sus servicios por doquier a cualquiera que se acercara. Siguieron avanzando, hasta que el bullicio y las insinuaciones fueron disminuyendo, convirtiendo el sonido de sus acompasados pasos en su único compañero. En la lejanía del puerto se atisbaba la luz de las antorchas señalando el que parecía ser su destino.

Tras dejar la calle principal a sus espaldas, descabalgaron y decidieron tomar unos atajos, internándose en las estrechas callejuelas. El puerto de Dulwin no era ningún punto de comercio importante, era más bien un lugar donde pasar un buen rato, reponer marineros y ciertas provisiones.

Dos navíos fondeaban en el estrecho puerto; un viejo mercante y un barco pesquero de no demasiada envergadura. El lugar estaba prácticamente desierto. En la lejanía resonaba el cántico de los marineros junto a las dos antorchas que iluminaban un letrero «La posada del enano».

Antes de llegar, un niño de apenas nueve años se les acercó. Estaba famélico y en su pelo negro se escondían briznas de paja; seguramente de su trabajo en el establo.

—Señores, por una moneda de plata cuidaré y alimentaré a sus corceles. Soy Jon, el chico de las cuadras.

—Nuestras monturas están cansadas y hambrientas —comentó Caleb—, pero no las necesitaremos en nuestro viaje. Si consigues un buen precio por ellas, te daremos una comisión.

Jon miró los caballos, examinó sus patas y la dentadura. Tras vacilar durante varios segundos, pareció estar de acuerdo con lo que se le ofrecía.

—Está bien, limpiaré los corceles y los alimentaré; pero no creo que consigáis más de siete monedas de plata por cada uno. Si me ofrecéis cuatro monedas de plata como pago, los venderé. —Jon extendió la mano esperando cerrar el trato; los dos hermanos se miraron, no tenían nada que perder por lo que aceptaron las exigencias de Jon.



El joven muchacho se alejó con las monturas silbando de alegría por el trato. Los Gulhem recogieron sus bártulos y se dispusieron a entrar en la posada. Ahora dependían del medallón.

Will se encontraba nervioso, acarició la empuñadura de la daga que colgaba de su cinto. Nunca antes habían tratado con maleantes ni con ladrones. Puede que intentaran engañarles; el medallón por sí solo debía de valer por lo menos veinte monedas. Pero, ¿qué otra alternativa les quedaba? Al menos Caleb parecía estar más tranquilo; eso hacía que él mismo sintiera más fuerza de la que poseía.

Como si su hermano pudiera leerle la mente, o puede que porque sintiera lo mismo, se giró antes de entrar por la puerta.

—Hermano, no dejaré que nada malo te ocurra. Se lo prometí a madre y a nuestro difunto tío. Confía en mí.

Apojó su mano en la puerta y la empujó con fuerza; de pronto, un aire cálido y embriagador, lleno de aromas que lo transportaban a su hogar, rozó sus mejillas heladas por semanas de travesía y el olor de la comida hizo que sus estómagos rugieran.

Cruzaron el umbral de la puerta. Ante ellos se encontraban varios marineros apostando por ver quién aguantaba mejor la cerveza; en otra mesa, un hombre fornido degustaba varios platos al mismo tiempo y una camarera entrada en años se deslizaba entre las mesas sirviendo vino y comida. Por un momento los hermanos olvidaron su cometido.

Will se adelantó ocupando una de las pocas mesas que quedaban libres. La decoración del lugar no dejaba duda que Dulwin era una ciudad de marineros; la parte posterior de la barra estaba decorada con la mandíbula de algún depredador marino cuyos dientes brillaban ante las vacilantes velas. Las escaleras que daban paso a los dormitorios estaban cubiertas de dibujos de navíos y, a pesar de la suciedad presente, el local era agradable.

—¿Qué deseáis, muchachos? Tenemos pulpo y aleta de *guissa* del día, o si lo preferís, tenemos el guiso de la casa. —La camarera, que los había sorprendido, los miraba esperando una respuesta.

—Yo tomaré el guiso y un vaso de vino, y mi hermano lo mismo —masculló Will antes de esperar cualquier respuesta.

La camarera se deslizó ágilmente, a pesar de su edad, entre el variopinto grupo de marineros y regresó antes de que Will abriera la boca.

—Señora —apuntó Caleb—, estamos buscando a un hombre que quizás esté aquí esta noche. —Tragó saliva— Su nombre es Caeli.

La expresión amable de la mujer se tornó en preocupación, miró al posadero; un hombre fornido que suplía su reluciente calva con una barba prominente y una envergadura que no hacía justicia al nombre de su posada. Sin mediar palabra, la mujer se dirigió al posadero y le susurró la pregunta al oído.

En un instante, el posadero se presentó ante los hermanos y acercó su cara a la de Caleb, al mismo tiempo que la camarera se colocaba detrás del hombre, vigilando a Will.

—Mi preciosa esposa me ha dicho que buscáis a un hombre. ¿Podrías repetirme el nombre, si eres tan amable? —Su rostro era inexpresivo como el de una roca y con su mirada azul traspasaba a Caleb.

Will saboreó un último bocado del guiso hogareño mientras sujetaba la empuñadura de la daga por debajo de la mesa. La mujer parecía demasiado asustada para darse cuenta, pero el posadero lo miró como si leyera sus intenciones.

Caleb apartó la mano con la que su hermano sujetaba la mellada arma y con una sonrisa respondió.

—Buscamos a Caeli. No somos sus enemigos, venimos como última voluntad de nuestro tío, Valerio.

—Esperad aquí hasta que os mande llamar —respondió el posadero mientras se alejaba hacia la mesa del comensal aquejado de glotonería. Sin dejar de mirarlos, informó al hombre y este les indicó que se acercaran con el dedo.

Los hermanos tomaron asiento ante la mirada del posadero y la de su esposa. El hombre, ante ellos, dejó el muslo de conejo que tenía entre sus manos y se limpió con un pañuelo. Destacaba en él un prominente mostacho que ocultaba su oronda cara; aquel hombre no era autóctono del lugar pues su tez morena y su pelo lacio y

oscuro lo delataban. Adornaba sus dedos con varios anillos de oro con grabados exquisitos.

—¿Tenéis hambre, chicos? Comed, no seáis tímidos. He visto como el joven apuraba su guiso mientras el viejo Forgel os amenazaba con la mirada. —El hombre rio levantando la jarra en dirección al posadero que todavía los observaba, al mismo tiempo que limpiaba una de las jarras— Mi amigo me ha dicho que buscáis a Caeli, el Grande, por orden de Valerio. ¿Venís de Midlanen?

—No, señor —contestó Caleb—, venimos de las tierras más al sur de Vegain, la aldea de Higland. Nuestro tío nos dio un meda.... —El hombre lo detuvo antes de terminar.

—Muéstrame el medallón de la orden y terminaré de creerlos; ningún ladrón que se precie la vendería ni la regalaría. —Caleb sacó de su bolsillo un paño y dentro de este se encontraba el medallón. El hombre la tomó entre sus manos y lo examinó antes de devolverlo— Yo soy Caeli, el Grande. —Se mesó el prominente mostacho mientras pronunciaba su sobrenombre— ¿En qué puedo ayudaros?

Will no se lo podía creer, había sido demasiado fácil conseguir la ayuda de Caeli. Miró a su alrededor antes de pronunciar siquiera una palabra, por si cualquiera de los clientes les prestaba más atención de la debida; sin embargo, los marineros estaban demasiado borrachos para espiarlos.

—Necesitamos que nos reclutes, necesitamos unirnos al Gremio de Ladrones. —Will se mostró firme ante el asombro de su hermano— Nuestro tío nos entregó este medallón como salvoconducto.

Caeli se recostó en el sillón haciendo que la madera se agrietara. Durante unos segundos su semblante se endureció, apuró la copa de vino y miró a su alrededor; tras varios minutos de silencio, comunicó su decisión a los hermanos. Debían embarcar en el barco pesquero que estaba amarrado en el puerto; para su desgracia, no quedaban habitaciones disponibles, así pues, tendrían que pasar la noche en el mismo navío. Los hermanos Gulhem abandonaron la posada algo más animados.

En la calle no se veía ningún alma, la tranquilidad del lugar se cortó con el relincho de un corcel que descansaba en la cuadra, dos casas más allá, cerca del comienzo de las mareantes callejuelas. El pequeño Jon descansaría en aquel lugar, acompañado por los dos viejos corceles que durante tanto tiempo les habían hecho compañía.

Cubiertos ambos hermanos con los mantos que habían descargado antes de entrar en la posada, comenzaron la marcha hacia el pesquero. Una ligera lluvia cayó, enfriando el ambiente.

El viejo pesquero se movía incesantemente ante el envite de la marea que subía rápidamente. Will nunca había subido a un navío. Con cada paso que daban bajo la incansable lluvia, se acercaban al cochambroso buque. Su estómago se revolvía solo de pensar en que tendría que pasar la noche sobre la bodega de carga del pesquero.

Caleb observaba a su hermano, Will abría la marcha con paso vacilante; «¿Le había pedido demasiado?», se preguntó; quizás sí. A su joven hermano, con tan solo dieciséis años, el mundo lo había destrozado dejándolo casi sin familia. Ahora debían viajar a un lugar desconocido para entrar a formar parte de un gremio que no conocían; las dudas atormentaban al mayor, las dudas sobre un futuro incierto pero, de alguna forma, esperanzador. Caleb se detuvo, algo ocurría, el viento había cesado y ningún sonido se escuchaba, a excepción del producido por sus pisadas.

Entonces ocurrió, un fuerte dolor cruzó su espalda, algo que jamás había sentido. El golpe lo lanzó hacia delante. Caleb quedó aturdido en el suelo durante unos segundos, se tocó la espalda y en ella encontró una daga de cuya herida brotaba la sangre que empapaba su torso.

Will se giró al ver a su hermano caer al suelo; una figura se erguía frente a él, aquel hombre era de gran envergadura, por lo menos le sacaría tres cabezas a cada uno. Vestía un peto negro y tenía el rostro cubierto con una máscara negra en la que solo se distinguían dos ojos vacíos. Había apuñalado a su hermano, Will empuñó la daga. El atacante embistió a Caleb, que trataba de le-

vantarse; Will lanzó varias estocadas que el hombre esquivó sin mayor dificultad. El asesino asestó un manotazo que impactó en la mandíbula del más joven.

La mente de Will hervía en busca de opciones, ¿qué podían hacer? La calle principal era demasiado empinada para correr por ella; la posada quedaba cerca, apenas a varias casas de distancia, pero para llegar tendrían que superar a una mole.

— ¡Will, corre a la posada!, ¡CORRE! —Caleb se lanzó encima del hombre y ambos cayeron al suelo, rodaron casi hasta el borde del puerto.

El joven vio su oportunidad de salvación, correría a la posada y pediría auxilio, seguro que Caeli conocía a alguien capaz de vencer a aquel asesino.

Cuando apenas había recorrido un par de metros, apareció otra figura, esta más pequeña. Will pensó en arrollarlo, pero el nuevo atacante le propinó una certera patada directa al estómago, dejándolo tendido. Mientras se acercaba a él, la figura mostró una daga cuyo metal centelleaba bajo la luna.

«Estamos perdidos», pensó Caleb mientras volaba golpeándose contra la pared; el asesino lo había lanzado sin mayores problemas. Se recompuso como pudo y observó cómo su hermano, tendido en el suelo, se arrastraba lentamente, mientras que el nuevo asesino se acercaba esgrimiendo un puñal. Tendrían que huir por las callejuelas, no les quedaba otra salida. Caleb lanzó su daga en dirección al más pequeño de los atacantes y levantó a su hermano para dirigirse al callejón más cercano. Cuando ya casi llegaban, el fornido los embistió; los hermanos cayeron contra el húmedo suelo.

— ¡Qué buscáis!, ¡Quiénes sois! —gritó Will mientras trataba de levantarse; el barro bajo sus pies dificultaba la tarea.

— Os buscamos a vosotros, y lo que queremos es vuestra vida —contestó la mole con una voz ronca y gélida—. Es el momento.

La mole esgrimía una espada capaz de cortar a un hombre por la mitad; en ese momento, el otro se adelantó y lo tocó en el hombro, tuvo que alzar la mano para llegar.

—Bruck, permítame ejecutarlos. —La voz del segundo atacante era suave; recordaba a la de una joven muchacha. Tal vez el otro atacante fuera una mujer; de poco importaba, pronto estarían muertos.

—Hazlo rápido, no merecen sufrir. —Bruck se quedó a un lado mientras la mujer desenvainaba una espada acorde a su tamaño.

Will intentaba buscar una salida. Era imposible huir de aquella situación, tendría que defenderse con la daga y esperar a que alguien acudiera en su auxilio. Quizás el joven Jon escuchara el alboroto y llamara a un grupo de hombres capaces de salvarlos.

No podían esperar a nadie. La oscuridad del callejón aventajaba a sus atacantes. Caleb sangraba profusamente por la herida de la espalda y, si seguía así, tardaría poco en morir. Necesitaban moverse lo antes posible.

Antes de que pudiera reaccionar, la asesina atacó hiriendo a Will en el brazo haciendo que este se desplazara contra la pared, dejando a Caleb tendido. La ejecutora se colocó al lado de Caleb apuntando su espada directamente a la cabeza, entonces cayó al suelo. Caleb había reaccionado y estaba sujetándola por los pies. En un intento desesperado, Caleb avanzó a trompicones propinando golpes en el abdomen, que dejaron a la asesina sin respiración durante unos segundos, evitando que asestara el golpe mortal. Will echó mano de la daga mientras la joven se retorció intentando escapar de los fuertes brazos que la sujetaban.

Bruck entró en acción lanzando a Will contra la pared, haciendo que la daga se le escurriera entre los dedos. Caleb seguía golpeando a la asesina cuando divisó una espada a su lado, intentó llegar a ella, pero recibió un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó casi inconsciente. La asesina logró escapar de los golpes y se incorporó asiendo de nuevo su espada.

Ambos hermanos permanecían tendidos en el suelo; la lluvia empezó a cobrar fuerza empapando sus cuerpos. Habían luchado y perdido, la recompensa por su esfuerzo no era otra que la muerte.

—Dasha, acaba el trabajo —masculló Bruck mientras apuntaba con su espada a un impotente Caleb. Will lo miraba con el

rostro desencajado, estaba a punto de presenciar la ejecución de su hermano y, en pocos instantes, la suya.

Dasha se colocó en posición apuntando el pecho de Caleb con la espada ligeramente inclinada y, sujetándola con la mano izquierda, la ejecución sería rápida. Cuando la punta de la espada tocó el pecho, alzó la mano derecha. Dasha miró a Bruck que sujetaba a su víctima con fuerza; pasados unos segundos, endureció la palma de la mano derecha y se dispuso a lanzar el golpe mortal.

Will estaba absorto, no podía moverse, ambos morirían sin saber siquiera el porqué. Las dos figuras vestidas de negro habían aparecido de la nada, y en nada habían convertido sus sueños.

Entonces un hombre cayó del tejado impactando de espaldas contra el suelo. Iba vestido con un peto dorado, un casco redondo lleno de grabados que Will no lograba identificar. El casco escondía la que, al parecer, era una melena roja como el fuego.

La aparición del hombre hizo que los asesinos soltaran a Caleb y rodearan a su nueva víctima. El hombre se levantó, no sin dificultad, y observó la escena con incredulidad.

—No sé quiénes sois, pero si queréis conservar la vida, corred. —Los asesinos se miraron entre ellos— Si permanecemos aquí cuando lleguen, todos moriremos. —El hombre desenvainó la espada que llevada colgada, brillaba como la mismísima luna.

—¿Quién va a venir? —preguntó Bruck mirando a su alrededor y apartando a Dasha con el brazo que le quedaba libre— ¿De quién huyes? ¿O quizás eres un loco que desea la muerte?

Un fuerte ruido proveniente del tejado los alertó, parecía el sonido de alguien que corría. De pronto, se escucharon más pisadas y después de un instante, el silencio los envolvió.

—Ya están aquí —susurró el hombre mientras miraba hacia arriba—. Vosotros dos, colocaros espalda con espalda y atacar a cualquier cosa que se acerque —indicó dirigiéndose a los dos asesinos—. Tú, el más joven, ocúpate del herido o la sangre los volverá locos.

Antes de que ninguno tuviera la oportunidad de reaccionar, se encontraron rodeados por la oscuridad. El primero en ser atacado

fue Bruck; dos mujeres se abalanzaron sobre él con garras por dedos y afilados dientes. Lo empujaron contra la pared mientras un tercero saltaba para derribarlo. Dasha intentó socorrer a su compañero, pero uno de los atacantes la embistió colocándose encima de ella. El hombre misterioso blandió la espada cortando la cabeza del atacante con un golpe preciso; el cuerpo sin vida de aquel hombre cayó a los pies de Will que vio cómo se deshacía al instante.

—¡Son sombras! —gritó Dasha, que se había incorporado.

Bruck logró zafarse de dos de sus atacantes, pero al girarse, tres más lo derribaron. La mole gritaba de dolor mientras chorreaba sangre. Will no podía creérselo, sus agresores eran mujeres y hombres delgados, ninguno de ellos era lo suficientemente fuerte para derribar a aquel hombre, ¿qué los hacía tan fuertes?, ¿qué estaba ocurriendo?

Una de las sombras, como Dasha las había llamado, se acercó a Caleb. De pronto, del tejado aparecieron cuatro más de aquellos seres. Will atacó con su daga, esta se hundió en el estómago de una de ellas y de la herida manaba sangre a mares, pero aquella sombra no perdió ni un ápice de su fuerza. Golpeó a Will en la cara y acercó sus letales dientes a su cuello. El hombre misterioso agarró al ser con determinación, al tiempo que le rebanaba la cabeza.

—No dejéis que os muerdan, la sangre los excitara aún más —comentó mientras se lanzaba contra otra bestia que intentaba beber de Caleb.

Aquellos seres se movían con rapidez. Sus ropajes, ajados y manchados por el barro, se fundían en la oscuridad impidiendo que cualquiera, exceptuando el hombre misterioso, previera sus ataques. Will era incapaz de pensar con claridad, su mente trataba de asimilar lo que sus ojos estaban viendo; qué clase de monstruos se escondían en el mundo.

A cada minuto que pasaba llegaban más de aquellas sombras. Bruck estaba agotado por la pérdida de sangre y no podría resistir mucho más. Dasha luchaba por esquivar a dos sombras al mismo tiempo. El hombre misterioso era el que mejor lo llevaba; hacía



que cada ser que se le acercaba retrocediera, pero eran demasiados, pronto ni siquiera él sería capaz de hacerles frente.

Caleb comenzó a moverse lentamente, Will lo observó y vio su oportunidad; escaparían dejando a los asesinos a su suerte. Aquel hombre tendría que arreglárselas solo. Levantó a Caleb con gran dificultad y, ayudándose del asidero que le proporcionaba la pared, comenzó la larga marcha hacia el pesquero.

Sin poder reaccionar, uno de los seres hundió sus garras en el pecho de Caleb y comenzó a beber la sangre que emanaba de la herida mientras lo levantaba, sin el menor esfuerzo. Sus ojos estaban inyectados en sangre, el éxtasis lo llevó al límite mordiendo a Caleb en la misma herida.

Will apuñalaba incesantemente al oscuro ser, pero este no reaccionaba. Las profundas puñaladas no le producían ningún efecto. Con un manotazo la bestia clavó al joven contra el suelo, lo miró indicando que él sería el siguiente. Will solo podía observar cómo drenaban a su hermano.

—¡Basta... basta! —Will lo golpeaba con sus puños— Caleb, no morirás, no morirás.

Entonces se escuchó un chasquido, el sonido producido por los huesos al romperse. Caleb yacía en el suelo con la mirada fija en la nada, sus pupilas comenzaron a dilatarse: estaba muerto.

La sombra lamió la sangre de sus dedos, miró a Will examinando su próxima comida. El ser sujetó a Will por su larga cabellera teñida de rojo. El joven estaba aturdido mirando a su hermano, pero mientras los dientes se acercaban al cuello del muchacho, una luz cegadora envolvió el lugar y el callejón brilló, al igual que la ciudad de Dulwin.

